

¿QUÉ FUE DE HEINRICH ERRASTI?*

-Me encuentro muy bien ahora –dijo Pacheco a la sazón, sonriendo para tranquilizarnos sobre su estado de salud, pero a mí me parecía palidísimo-, y este relato de Emmanolo

me ha recordado otro que a mí me contaron en Soria hace dos o tres años.

Esperábamos que empezara su relato pero él no lo hizo. Cayó en una especie de abstracción. ¿Estaba tratando de recordar algún detalle de su historia? ¿Se le había ido el santo al cielo y estaba pensando en otra cosa?

Hasta que tomó el hilo preguntándonos tranquilamente:

-¿He dicho que me lo contaron en Soria?

-¿Tiene mucho que ver que fuera en Soria o en otra parte? –interrogó, con un gesto indolente, Mirna.

-Es el problema de las fuentes –explicó Pacheco.

-¿De las fuentes de Soria? –se cachondeó Paca, que estaba de buen humor otra vez, y eso era lo suyo.

-De las fuentes históricas, mujer, que no te enteras. En historiografía se le da importancia a la calidad de la fuente.

-De la que manan las aguas de la verdad...

-Eso es una cursilería pero también se puede decir. Me dejas contarlo, ¿vale?

-Adelante con tu historieta, hombre –le animó Paca.

-Yo estaba en Soria en un Congreso sobre Cine que se celebraba en el Parador Antonio Machado, “Cine español de la posguerra” era el tema de la reunión y allí estaban Basilio Martín Patino, que dirigía las jornadas, Juan Antonio Bardem y un montón de gentes. Pues bien, y aquí empieza la historia, resulta que habían invitado a un especialista alemán, de origen vasco, Heinrich Errasti, hispanista especializado en cinematografía de la posguerra española. ¡Tiene que haber de todo! Este Errasti había nacido en Würzburg, hijo de un vasco del PNV, exiliado y de una actriz alemana que se había iniciado en la carrera durante la época del nazismo en las producciones de la UFA: Berta Horn era su nombre y fue famosa en el cine anticomunista de Hitler; por ejemplo aquel film que se titulaba “¡Terror! GPU”. Heinrich Errasti fue un militante antinazi, desde el extranjero, adonde fue con una beca de las Juventudes Hitlerianas, por otra parte. Había publicado tres o cuatro libros cuando fue invitado por aquellas Jornadas.

Yo llegué a Soria un martes, digamos, y ya me encontré con el problema que había de desencadenar un proceso muy extraño. En la oficina de las Jornadas se había recibido un telefonema de Würzburg: la hija de Heinrich se había ahogado en la piscina de la casa, cuando su esposa, Eloisa Toren, había acudido a resolver un problema doméstico a la cocina del chalet en el que vivían. Se trataba, pues, de enviar el mensaje nefasto, por la vía más rápida, a Heinrich, que viajaba hacia Soria en un volkswagen de aquellos que llamaban cucarachas.

Así se hizo pidiendo a Radio Nacional de España que leyera aquel “aviso de socorro”: “Se ruega al súbdito alemán señor Heinrich Errasti que viaja hacia Soria a bordo de un coche volkswagen de color negro, matrícula tal y tal, que se ponga en contacto con su familia en Würzburg por asunto familiar grave”.

Me ofrecí yo para echar una mano en este asunto. Me movía a ello no sólo un sentimiento de solidaridad ante la desgracia, que a lo mejor también, sino lo que sinceramente os digo ahora: sentía una gran admiración por este crítico e historiador del cinema, y me agradaba aproximarme a él haciéndole el pequeño favor de ayudarlo a volver a su casa a tiempo de ver, por lo menos, el cadáver de su hijita antes de ser sepultada en una tumba del cementerio.

Sin mucho rollo, como dices tú, Paca, la situación fue así: que un vecino de Lodosa llamó a Soria diciendo que ese alemán había estado almorzando en un restaurante de aquel pueblo famoso por sus pimientos de piquillo, y que había salido de allí a tal hora. Bueno. Algo era algo. Teníamos a nuestro Heinrich al sur de Lodosa, en la carretera que lo conduciría a Arnedo, que parecía el trayecto más

apropiado que le llevaría a Soria, dejando a la izquierda las ruinas de Numancia. ¿Qué hacer? Basilio también estaba muy preocupado por la urgencia de transmitirle aquel mensaje que nadie hubiera deseado darle, pero si el hecho era así de grave, ¿qué hacer? Decírselo, sí, lo antes que fuera posible. Yo me ofrecía salir a la carretera e ir a su encuentro por si el aviso de la radio no llegaba a sus oídos. ¿Llevaría él el radio en su coche? Caso de llevar, ¿escucharía aquel programa de Radio Nacional?

Salimos un chico de Soria, que es crítico de cine, Rigoberto Almanzor, y yo, en el coche de Rigoberto, hacia el puerto de Oncala. Él era hijo de un terrateniente con mucha pasta y se gastaba un coche magnífico, con radioteléfono; así pudimos enterarnos, ya en camino hacia el norte, de que un maestro nacional había llamado desde Herce, a la salida de Arnedo, diciendo que había visto pasar el coche de Heinrich hacia el sur. Parece que la gasolinera está al lado de la escuela y el maestro, que había oído el aviso de socorro, al reconocer el número de matrícula desde un balconcillo de la escuela, había bajado a toda prisa pero el volkswagen ya no estaba cuando llegó a la puerta. Pensó si tomar su moto para alcanzarlo pero no se animó a hacerlo porque no quería abandonar a los chavales en el aula.

Lo mismo que Emmanolo, yo no soy escritor ni cristo que lo ha fundado y no voy a recrearme contando esta situación. En la sede fueron recibiendo llamadas que nos transmitían. Lo habían visto pasar por Enciso (entonces estábamos nosotros en la Rubia). Pasó luego por Villar del Río (y nosotros subíamos al puerto de Oncala). Y ahí se produce el fenómeno, que habría que intentar comprender teniendo en cuenta este dato: que en Enciso tomó un café y se enteró del mensaje. Salió del bar muy turbado, se metió en el volkswagen y, según los clientes del bar, "arrancó como un loco".

No quiero asociar este volkswagen a tu lambretta, pero el tema de la velocidad aparece también aquí: "arrancó como un loco". ¿Qué pasó con esa locura de Heinrich Errasti? Seguimos nosotros por la carretera para llegar a su encuentro y venía él hacia Numancia y hacia Soria, y sin embargo... no nos encontramos.

Escuchadme un momento todavía, aunque tengáis sueño. Ahí está el tramo de carretera, entre Huérteles y la salida a Oncala, en la que ocurrió el fenómeno inexplicado..., no sé si inexplicable. Heinrich venía en dirección a nosotros y nosotros íbamos en dirección a él, y nunca nos encontramos, como digo, ni nunca más se supo de Heinrich Errasti. Esto os lo juro que sucedió así, y si no preguntádselo a Basilio Martín Patino o a Juan Antonio Bardem. ¿Qué sucedió allí en función de su desesperada puesta en marcha, quizás de su locura, de su angustia casi cósmica o, si eso suena demasiado fuerte, de su angustia infinita ante el Aviso Urgente de Socorro? ¿Pasó invisible a nuestra izquierda y se disolvió en el espacio? ¿Entró en un agujero que lo llevó quizás a encontrarse con su hija? (No te rías de mí, Paca, que me encuentro muy enfermito y a lo peor me voy a morir; y tú perdóname, Mirna, si en algo te he molestado). También pienso ahora en aquella paradoja de Aquiles y la tortuga: nunca podrían llegar a encontrarse. Pero no sé, no sé. Perdonandme que acabe aquí. Estoy muy cansado y ahora me doy cuenta de que toda la vida he sido un gilipollas. Si queréis hablar con Rigoberto, ya no será posible. Murió de un cáncer de colon siendo jovencísimo. Los testigos del misterio desaparecen jóvenes.

Mientras, en el exterior, habían cumplido los trámites de la recogida de los cadáveres con mucha prontitud, como para borrar lo antes posible esas indeseables huellas del Estado de Excepción que había sido decretado unilateralmente por el General Masilla. Era media tarde cuando pasó un coche municipal regando la calle y lavándola de la sangre gitana allí derramada. En cuanto a la gitana grande –que en nuestro fuero interno asociábamos a la mujer alta del piso de abajo, aunque se trataba, sin duda, de una coincidencia entre las estaturas de estas dos mujeres y su etnia (cosas que ocurren aunque sean insólitas y resulten sorprendentes)-, la pobre señora había sido objeto de tan carniceros disparos que sus vísceras habían

sido derramadas sobre la calle y fueron recogidas con una pala de basurero e introducidas en un cubo.

Salió así a la palestra el tema de las vísceras y de los trasplantes de órganos. Anochecía sobre el barrio y en tales circunstancias hubo un momento de extraña tranquilidad. Otra vez más algunos cigarrillos, mi pipa, alguna copa de aguardiente. Bostezó Mirna, y Paca hizo ademán de que iba a contarnos algo y lo hizo con estas palabras.

***La colaboración de Errandonea en la transcripción de esta cinta es bastante audaz, según hemos podido comprobar cotejando los materiales. Puede decirse que nuestro Errandonea tenía una tendencia "libertaria", a soltarse el pelo. (Nota de los Editores)**